

GRANDEZA Y MISERIA DE LA IZQUIERDA FRANCESA

EDUARDO HARO TECGLÉN

CON la posibilidad —aún— de una victoria electoral por un margen aceptable —51 por 100 de los votos sobre un 45 por 100 de la actual mayoría, según el más reciente sondeo—, la izquierda francesa no contiene su polémica anterior. Incluso la lleva, ahora, a la discusión acerca de un reparto de carteras en el Gobierno que formase. En estas discusiones, el PCF mantiene el mismo papel que inauguró hace unos meses: una política dura y exigente con respecto a los socialistas. Cuando se inició el "programa común", el PC no presionaba excesivamente acerca del número de Ministerios que querría obtener, ni acerca de la importancia de éstos. Ahora, a un mes aproximadamente de las elecciones (en dos turnos, el 12 y el 19 de marzo), habla de algo más de un tercio de las carteras (siete de un Gobierno de veinte ministros), lo cual sigue siendo relativamente modesto: bastante seguro de que el número de votos comunistas sea bastante superior al tercio de los obtenidos por los socialistas, pero probablemente equilibrado con respecto al número respectivo de diputados: "el sistema electoral actual reparte injustamente el número de diputados", explica Marchais, secretario general del PCF. Podrá pedir más si de aquí a las elecciones aparece un auge del Partido Comunista: "Queremos participar en el Gobierno con una igualdad de deberes y de derechos con respecto a nuestros compañeros".

Pero otras discusiones menos prematuras que ésta suceden tanto en el grupo de las izquierdas como en el de las derechas. Como es la manera misma de enfrentarse a las elecciones. Como se sabe, el sistema que se emplea en Francia es el de los dos turnos. En el primero, son proclamados todos aquellos candidatos que obtengan la mayoría absoluta. En caso de que ningún candidato la obtenga —ballotage—, se repite la votación por mayoría relativa la semana siguiente. Ello permite el juego de las alianzas: el candidato menos favorecido se retira

—désistement— para ceder sus votos al compañero de un partido afín o aliado. Este sistema electoral está ideado para favorecer la formación de mayorías o, lo que es lo mismo, para evitar que en la Asamblea haya un número elevado de partidos pequeños. Este tema era básico en los acuerdos de socialistas, comunistas y radicales de izquierdas, pero ahora está siendo discutido otra vez (tampoco la derecha lo tiene enteramente

gica: si los dos partidos han acordado ya que el sistema electoral actual es injusto, y que en caso de victoria lo cambiarán por un sistema proporcional, ninguno de los dos partidos debe aprovecharse ya de este sistema que considera erróneo. La lógica socialista, a su vez, se centra en la idea de que el PCF quiere obtener más de lo que vale —en peso electoral— por su capacidad dinámica, y por esta presión que en el caso de pro-

tian en el juego de las alianzas se han disparado con la promesa de Servan-Schreiber, del partido radical —no confundir con el partido radical de izquierdas de Fabre, aliado de socialistas y comunistas— de aceptarlo. Los radicales acuden al llamamiento del discutido discurso del Presidente de la República con el que se ha abierto, irregularmente, la campaña electoral. Discutido porque se entiende que el Presidente, al no estar en juego su cargo, sino los escaños de la Asamblea Nacional debe representar un papel de árbitro y una neutralidad; claramente se ha salido de ella al hablar sobre todo como jefe de la mayoría de la derecha. Mitterrand se ha escandalizado formalmente; Marchais ha dicho, con desdén, que es una prácti-



resuelto). Forma parte del conjunto de presiones del PCF sobre el PS. Antes de asumir esa táctica, el PCF querría obtener compromisos concretos del PS: sobre la formación del Gobierno, sobre los puntos principales todavía en discusión del programa común. En efecto, los desistimientos de comunistas pueden favorecer más a los socialistas que a la inversa y proporcionarles un número de diputados muy superior, independientemente de la proporción de los votos totales obtenidos, como antes queda dicho: el PC, por lo tanto, desea que el pacto para después de las elecciones se haga antes de ella. El razonamiento de Marchais tiene su ló-

ducirse favorecería a la derecha. El PS de Mitterrand no está nada seguro de que el PCF quiera realmente gobernar y piensa que toda su posición actual es una táctica para mostrarse ante la opinión pública como más izquierdista y para favorecer el voto de la derecha y los moderados hacia la actual mayoría y evitar las graves dificultades extraparlamentarias que se plantearían en el caso de un Gobierno de socialistas y comunistas —fuga de capitales, huelgas de inversiones, hostilidad de Estados Unidos y Alemania Federal, amenazas de la OTAN, etcétera—.

En cuanto a la derecha, parte de las dificultades que exis-

ca que se realiza desde hace veinte años, y que no hay por qué asombrarse. Prácticamente, Giscard ha recomendado a los franceses que no den su voto al programa común (de la izquierda) y ha proclamado que la actual mayoría de la Asamblea está unida con la presidencia de la República, y que esa coincidencia hace posible una gobernación coherente: unidad nacional, justicia social, libertades públicas e individuales, etcétera. Se trata del "bon choix", de la buena manera de escoger. Es el viejo estilo degollista, o de tantos otros jefes de Estado personales: o yo o el caos. Como lo analiza "Le Figaro": "No dudéis, les ha dicho



El Partido Socialista de François Mitterrand no está nada seguro de que el PCF quiera realmente gobernar.

Marchais: "Queremos participar en el Gobierno con una igualdad de deberes y derechos con respecto a nuestros compañeros".

Giscard ha hecho su propuesta electoral en el viejo estilo degolista: o yo o el caos.



en resumen el Presidente: de una parte está la aventura, el riesgo del caos; de otra; la libertad, la justicia, la serenidad. De una parte, la mediocridad; de otra, la grandeza".

Parece que es este discurso lo que ha roto las vacilaciones de Servan-Schreiber. Pero manteniendo la individualidad, la personalidad de los radicales: su condición de reserva para más adelante. Apoyándose en las mismas palabras de Giscard, Servan-Schreiber acepta que la actual mayoría —la derecha, que no quiere pronunciar su nombre— está dividida en dos tendencias: una que mantiene la corriente de la tradición, la otra que representa la acción

para la reforma. Entre estas dos tendencias hay un deseo, o se advierte, de religar un amplio abanico político, que va desde el degolismo de la "grandeur" hasta el socialismo mismo. Este abanico está presente en el discurso del jefe del Gobierno, Raymond Barre: ha mezclado el elogio póstumo a De Gaulle ("... el hombre de la descolonización, pero también el hombre de la participación...") con el socialismo "bueno", o sea, "el socialismo de lo cotidiano, el socialismo de lo posible, el socialismo europeo. No debemos, en efecto dejar el monopolio de la palabra socialismo a los demás...". Ni ningún monopolio: la mayoría

lo quiere representar todo. A condición de que sea la parte "buena" de cada cosa.

Este pluralismo unitario de la derecha tendería a explicar que Francia ya no está dividida en dos grandes bloques, sino en cuatro. Esta mayoría que entre la tradición y la reforma abarca todo, con sus dos tendencias definidas; los socialistas y los comunistas. "¡Francia se civiliza!", exclama Servan-Schreiber ante esta eventualidad. "Es, efectivamente, la primera vez en veinte años que no se emplean las presiones. Acabamos de salir de la mitología, tan cómoda como funesta, de los dos bloques. El abanico político está repartido en cuatro partes: Francia se civiliza" (la frase subrayada es una cita del discurso de Giscard).

Todo esto no es más que parcialmente exacto. Y es una manera de acentuar la división entre socialistas y comunistas, e incluso de repetir a los socialistas viejas tentaciones de la derecha: las de que alejándose de los comunistas pueden gobernar y participar, mientras que con ellos sólo pueden entregarse a la aventura. O, en un caso posible, a la disolución de la Asamblea, como podría estar en manos del Presidente de la República, que no ha aludido a ellos en su discurso, pero que es una de sus armas secretas. En efecto, se trata de un régimen presidencialista —creado por De Gaulle a su medida—, pero con una Asamblea Nacional que tiene bastantes prerrogativas. Una tensión legislativa entre la Asamblea —de izquierdas— y el Presidente —de derechas— podría permitir a éste disolver el Parlamento y convocar nuevas elecciones generales; pero la repetición de los resultados le tendría que llevar a dimitir y a que se abriera una campaña de elección presidencial que, dado ese supuesto, ganarían los socialistas.

Volvamos al resultado de los sondeos de opinión pública, no sin advertir que los que podemos citar como más recientes —posteriores al discurso del Presidente de la República— están organizados por la izquierda, concretamente por "Le Matin" y "Le Nouvel Observateur", entrados en el movimiento socialista y muy próximos a Mitterrand; pero con rumores de que un sondeo del Ministerio del Interior, que no se ha hecho público, contendría resultados muy parecidos. Si el grueso de la opinión pública no cambia, la unión de izquierdas tendría una mayoría situada entre quince y veinticinco diputados. Según cálculos no fáciles de hacer

—puesto que no se sabe lo que sucedería entre los dos primeros turnos— los socialistas tendrían efectivamente una relación de tres diputados propios por cada diputado comunista, aunque en el reparto de votos del 51 por ciento que atribuye a la izquierda la encuesta citada, la desproporción sería de un 60-70 por ciento a favor de los socialistas por un 30-40 por 100 a favor de los comunistas.

Pero no hay seguridad ninguna de que, a pesar de este peso calculado de la opinión pública, las izquierdas vayan a llegar unidas al segundo turno. Frente a la sospecha socialista de que los comunistas no quieren gobernar de ninguna manera, y piensan ejercer su peso político en la vida francesa desde una oposición que les dé una mayor imagen de combatividad en tiempos difíciles, y sin comprometerse en un desgaste gubernamental, está la sospecha comunista de que los socialistas quieren llegar a gobernar sin ellos, si les llega el caso, o por lo menos sin sus ministros. Se atribuye una importancia excepcional a la visita de Willy Brandt a Mitterrand: una visita de partido a partido, pero con la presencia en la delegación alemana federal de algunos ministros actuales. Para el Partido Socialista Francés esta entrevista permitirá mostrar a sus electores que Alemania Federal —el dinero, la OTAN, los Estados Unidos— les acepta y no se avecina una catástrofe económica para Francia; pero también se interpreta como una presión de todo ese grupo internacional, continuando la que ya hizo Carter personalmente, para que el PS se mantenga firme ante los comunistas y llegue a prescindir de ellos. Esta presión está presente en el comunicado oficioso de los socialistas franceses: "Estudiaremos con nuestros amigos socialdemócratas las precauciones destinadas a limitar ciertos riesgos inmediatos presentados en la primera fase de la aplicación del programa común". Esto es, la participación comunista en el Gobierno y las peticiones comunistas en el programa común.

Es inútil subrayar la importancia de todo lo que está sucediendo en Francia y de todo lo que va a suceder en el mes de marzo. Francia no es solamente un altavoz importante de doctrinas y situaciones políticas: es un país con una influencia decisiva en todo lo que suceda en el continente. La izquierda tiene puestas unas esperanzas considerables en el resultado electoral francés, que influirá en toda Europa. ■